

LA FRUSTRADA TERCERA GUERRA MUNDIAL, LA CRISIS DEL COMUNISMO Y LA OFENSIVA DE LA DEMOCRACIA

por ALEXANDER ZINOVIEV*

Cada época significativa de la historia humana es única en su forma. En este ensayo pretendo describir la esencia de la exclusividad de la época contemporánea.

Muchos acontecimientos de nuestra era no pueden ser comprendidos adecuadamente, a menos que consideremos el hecho de que la humanidad ha evitado la próxima guerra mundial: la Tercera Guerra Mundial. Hago hincapié en que la ha evitado y no simplemente la ha pospuesto. El estallido de la guerra era probable bajo las condiciones que surgieron en el mundo antes de este conflicto potencial. Si bien los principales adversarios estaban preparados técnicamente para la guerra, no estaban preparados ni psicológicamente, ni ideológicamente, ni moralmente. La humanidad aún no se había librado del horror causado por las consecuencias reales de la Segunda Guerra Mundial, y había comenzado a sentir temor ante los desastrosos efectos que podría ocasionar la vaticinada Tercera Guerra Mundial, la cual, sin embargo, no estalló, sino que fue disuelta hasta desvanecerse. Ella agotó su potencialidad en numerosas guerras "provinciales", en la así llamada Guerra Fría, en ajetreos diplomáticos y políticos, etc.

Aun cuando el peligro de un nuevo conflicto mundial no ha desaparecido, la guerra que actualmente amenaza a la humanidad ya es otra, y no una versión postergada de la que se evitó. Se trata de la potencial Cuarta Guerra Mundial. Esta situación es similar a la cancelación de una función en un teatro. La función no es postergada ni reemplazada por otra; simplemente es suspendida incluso si ha sido ensayada. Una nueva representación no tiene nada que ver con la que ha sido cancelada, y tampoco existe la seguridad de que se vaya a realizar otra función, aunque los ensayos puedan estar en marcha.

Existen muchos indicios que permiten afirmar que la Tercera Guerra Mundial ha sido evitada y no pospuesta. En este artículo puedo mencionar dos de ellos.

En primer lugar, se prepararon ciertos tipos de armas para ese conflicto, pero no se usaron, y ya no son adecuadas para la guerra futura; por eso ahora están siendo destruidas, pues se están volviendo obsoletas. Ya ha comenzado el proceso de reorganización de los ejércitos y de modernización de las ar-

* ALEXANDER ZINOVIEV: Escritor y disidente soviético. Autor de numerosas obras, entre ellas *El gorbachevismo o los poderes de una ilusión*.

mas. Las condiciones militares estratégicas están siendo revisadas. Y todo lo anterior está camuflado bajo hipócritas conversaciones sobre desarme.

Otro indicio de que la potencial Tercera Guerra Mundial ya acabó es la tendencia hacia una reagrupación de los países. La división del mundo en dos facciones predominó durante el período preparatorio de la frustrada Tercera Guerra Mundial, principalmente la división entre el bando capitalista y el bando comunista (o bien entre el Bloque Occidental y el Bloque Oriental). Hoy en día tal división está perdiendo su sentido. La diferencia entre los sistemas sociales de Occidente y del Este ha resultado no ser tan importante como parecía en épocas anteriores. Los observadores occidentales se han forjado grandes ilusiones en cuanto a que los países comunistas sean capaces de evolucionar en la misma dirección de las democracias occidentales, y a que sea posible negociar con ellos sobre bases similares a las empleadas con naciones de Occidente. Algunas camarillas gobernantes y ciertos círculos financieros de Occidente han comenzado a adoptar medidas prácticas de acuerdo con estas ilusiones, que hasta cierto punto han sido inventadas e impuestas a la fuerza a los ciudadanos occidentales para obtener su aprobación en favor de una tendencia práctica hacia una reagrupación del poderío mundial. Como resultado de lo anterior han surgido condiciones favorables para la creación de grupos socialmente mixtos. La diferencia entre sistemas sociales ha sido relegada a un segundo plano. Incluso el Papa ha consagrado la adopción de sistemas sociales irreconciliables.

Así pues, hemos estado viviendo durante una época singular: si bien la Tercera Guerra Mundial fue un conflicto potencial, ya acabó. Ahora nos encontramos en medio de un peculiar período de postguerra. Pero la guerra frustrada sólo fue potencial. No ha resuelto los problemas que presuntamente había que solucionar, y por el contrario ha originado otros. No ha eliminado las causas que pueden dar lugar a una nueva guerra mundial, y el mundo ha entrado en una nueva etapa de preguerra, sin ninguna tregua intermedia. Este peculiar ambiente de post-preguerra ha sumido a la humanidad en un estado de locura global.

La consecuencia más importante de esta frustrada Tercera Guerra Mundial y del período de paz excesivamente prolongado es una profunda y generalizada crisis del comunismo. Los líderes e ideólogos de las naciones comunistas sostienen que dicha crisis es el resultado de errores cometidos por los dirigentes anteriores (en el caso de la URSS durante el mandato de Brezhnev, e incluso de Stalin). Con todo, es obvio para cualquier observador sin prejuicios que esta crisis debe originarse como una consecuencia natural de las leyes objetivas del sistema social comunista, y no de los errores de personas específicas. El período de paz ha durado lo suficiente como para que dichas leyes demuestren su inexorable poder.

La crisis a que me refiero es la primera de la historia humana que tiene un carácter específicamente comunista. Abarca todas las esferas de la sociedad comunista, incluidos la economía, el sistema de poder y administración, la ideología, la cultura, la psicología de masas, las relaciones nacionales, etc. Es el resultado de la confluencia de muchos fenómenos históricos y sociales, y, más que nada, es la consecuencia de los rasgos básicos del sistema social comunista, que hasta no hace mucho tiempo eran considerados como venta-

jas en comparación con los del capitalismo: una colectivización de los medios de producción que abarcaba toda la sociedad, la eliminación de las clases de propietarios privados, una economía planificada y una administración centralizada.

A pesar de que la crisis comenzó primero en Yugoslavia, Polonia y Hungría, se ha transformado en un fenómeno generalizado mundial desde que los soviéticos comenzaron a vivir una situación similar. Actualmente la URSS es el principal escenario y fuente de una crisis comunista de alcance mundial.

¿Cuáles son los principales rasgos de esta crisis? Es de conocimiento general que el comunismo ha revelado su incapacidad para competir con el capitalismo en la esfera económica, y exhibe una tendencia muy marcada hacia el estancamiento. Asimismo, es un hecho de todos conocido el que las dificultades económicas en la URSS y en otros países comunistas han alcanzado dimensiones tan enormes que pueden compararse con las penurias sufridas durante la época posterior a la Segunda Guerra Mundial. No obstante, una nación comunista puede existir normalmente con un nivel económico muy bajo, sin entrar en una crisis. De modo que la crisis de la economía comunista no consiste en dificultades económicas propiamente tales, ya que éstas son una realidad normal en una sociedad comunista. Entonces, ¿en qué consiste la esencia de dicha crisis? Para responder esta pregunta es necesario saber cuáles son los principios de organización de la sociedad comunista.

La verdad es que la economía comunista está unificada en un todo indivisible a nivel de la sociedad, y está subordinada al sistema estatal de poder y administración. En la sociedad capitalista la administración estatal se adapta a un sistema económico diseñado libremente. Por el contrario, en la sociedad comunista la economía debe adaptarse al sistema de administración estatal. Allí el Estado es el administrador de la economía unificada del país, la cual es diseñada de tal manera que pueda funcionar sólo dentro del marco del control estatal y como parte del conjunto del organismo social. La actividad de las empresas particulares está determinada y limitada por los principios de la eficiencia social, y no de la eficiencia económica. Así, no es necesario que ellas sean económicamente rentables, basta con que sean socialmente eficientes. Ello significa que deben satisfacer las demandas no económicas que caracterizan su función dentro del organismo social. Desde un punto de vista puramente económico, ninguna de las empresas de la sociedad comunista es rentable. La crisis actual consiste, primero que nada, en la ruptura de la correlación entre la economía y la administración estatal, y además en la ruptura de la correlación entre los diferentes elementos de la economía. Este desbarajuste de todo el sistema económico ha reforzado y ha puesto aún más en evidencia los defectos propios de una economía comunista, tales como la baja productividad, la falta de disciplina de la mano de obra, la tendencia hacia una inflación permanente, el déficit de productos alimenticios, y un mercado negro floreciente.

Otro aspecto de esta crisis se aprecia en la incierta situación del sistema de poder y administración. La sociedad comunista es un círculo de funcionarios de distinta índole, cuya base está constituida por las relaciones entre

superiores y subordinados. Por ello la existencia de un gran número de instituciones y funcionarios estatales es una característica inevitable en una sociedad comunista, al igual que los empresarios privados en una sociedad capitalista, y que los terratenientes en una sociedad feudal. Muchos millones de personas están involucradas en este sistema de poder y administración, el cual posee una estructura extraordinariamente compleja, además de sus propias leyes implacables de funcionamiento. Dicho sistema creció y adquirió un enorme poder, no debido a la gestión de los más altos dirigentes, sino mediante un proceso natural: surgió desde la propia base de la sociedad. El comunismo, sin este sistema, es tan inconcebible como el capitalismo sin dinero, sin utilidades, sin competencia y sin bancos. La actual crisis de este sistema consiste primeramente en la alteración de la correlación normal entre el aparato gubernativo y la sociedad dirigida; aquél ha perdido el control sobre ésta. La crisis consiste además en una alteración de la correlación normal entre los máximos dirigentes y el aparato gubernativo en conjunto. Una vez más, aquéllos han perdido el control sobre éste. Asimismo, en las relaciones sociales básicas ha surgido una marcada tendencia hacia el caos. Sólo en una época muy reciente esta crisis quedó de manifiesto con la corrupción y la burocracia.

El tercer aspecto de la crisis del mundo comunista es de índole ideológica. La primera función de la ideología consiste en organizar y uniformar la conciencia de la gente y en dominar a las masas mediante la creación de un tipo definido de mentalidad. Adicionalmente, la ideología comunista debe ser una pauta de conducta para los dirigentes de la sociedad. Proporciona un marco general y principios de acción para los líderes. En la actualidad la ideología soviética está perdiendo la capacidad de cumplir dicha función de manera adecuada. El pueblo soviético ha perdido la fe en el paraíso terrenal prometido por la ideología marxista, la cual se ha convertido en objeto de burla. Los dirigentes ya no la consideran como una pauta de conducta. El caos ideológico, el pesimismo y el desconcierto están surgiendo como secuela del orden doctrinario y de la dictadura ideológica que dominaban anteriormente.

La crisis del comunismo ha abarcado las relaciones nacionales dentro de los países comunistas (la URSS, Yugoslavia, Rumania), y las relaciones entre países del bloque comunista. La tendencia hacia la desintegración de la unidad comunista se ha vuelto tan poderosa que en algunos países del Este está cobrando mucha popularidad la idea de renunciar completamente al sistema comunista y adoptar el modelo occidental.

Del mismo modo, la crisis del comunismo ha incluido al movimiento comunista occidental. Las condiciones previas a este fenómeno ya habían surgido con la revelación de los excesos del estalinismo. El así llamado eurocomunismo fue el primer signo de la crisis que se avecinaba. Pero la verdadera crisis comenzó durante el período de Brezhnev, cuando la URSS y otros países comunistas empezaron a desacreditar el verdadero comunismo y su ideología, revelando ante la humanidad los aspectos negativos de la vida cotidiana normal bajo el sistema comunista. Durante la administración de Gorbachov esta crisis se ha transformado en la crisis del comunismo como sistema social. Los líderes soviéticos han caído en un estado de perplejidad.

Nos han dado a entender que en las iniciativas que emprendan no solicitarán el apoyo de los partidos comunistas de Occidente. Es más, los dirigentes soviéticos nos han dado a entender que no harán propaganda contra el capitalismo, y que preferirían negociar con los países occidentales en calidad de capitalistas y no de comunistas. Recientemente Gorbachov declaró en China que el marxismo ya ha perdido su importancia. La crisis ha llegado a tal extremo que algunos comunistas italianos han sugerido que se cambie el nombre de su partido. Hoy los socialistas se están convirtiendo en los partidarios de Moscú dentro de sus respectivos países.

Deseo reiterar y subrayar que la actual crisis que viven los países comunistas es la necesaria consecuencia de las leyes objetivas del orden social comunista. Es el fruto del desarrollo interno de países en que se ha aplicado dicho orden social. Sin embargo, ese es sólo un aspecto del proceso histórico. Otro aspecto se observa en la relación mutua entre Occidente y el Bloque Oriental.

Occidente no fue derrotado en la potencial o frustrada Tercera Guerra Mundial. Por el contrario, ha aumentado su fortaleza y ha descubierto nuevas perspectivas. Si no existiera Occidente, o si hubiera sido destruido, la situación de la economía comunista sería ensalzada como la cumbre de la perfección; el sistema comunista de poder, como la cumbre de la democracia; y las condiciones de vida de la población, como un paraíso terrenal. Occidente se ha transformado en el parámetro y en el modelo para cualquier iniciativa sería que se emprenda en la URSS y en algunos otros países comunistas. El impacto causado por Occidente en el mundo comunista ha sido tan intenso que los líderes del Bloque Oriental se han sumido en un estado de desconcierto. Ahora temen emplear métodos comunistas para solucionar sus problemas y prefieren actuar a la manera occidental, o al menos aparentar que siguen el modelo de Occidente.

A este respecto surge una pregunta: ¿es posible superar esta crisis utilizando métodos propios de Occidente? Desde mi punto de vista, dichos métodos son contrarios al sistema social comunista. Si se conserva este sistema, la occidentalización de un país comunista sólo puede ser superficial, efímera y engañosa. Es posible obtener algún grado de éxito, pero surgirán nuevas dificultades como resultado de la aplicación de esa política. Mientras más exitosa sea ella en el presente, más problemas habrá en el futuro. Dada su naturaleza, la sociedad comunista no está adaptada para imitar la vida occidental. Un comunismo económicamente floreciente, democrático y libre de la dictadura ideológica es un disparate conceptual.

Occidente ha obtenido una victoria sobre el Este en la potencial Tercera Guerra Mundial. Para ser más precisos, Occidente logró una victoria sobre el Este, gracias a que la humanidad evitó la Tercera Guerra Mundial. Dicha victoria también es sólo potencial; pero, a pesar de todo, es una victoria. El mundo comunista se ha sumido en una crisis. Por su parte, el mundo capitalista ha emprendido un ataque muy intenso —traducido en una batalla en pro de la democracia— contra el bloque comunista y el Tercer Mundo. Esta ofensiva ha abarcado tanto la esfera de la propaganda como la de la actividad práctica, incluidas las iniciativas políticas, económicas, e incluso militares. Me refiero a la asistencia y a las sanciones económicas, al incentivo a los

movimientos democráticos, y a las campañas de desprestigio contra figuras y regímenes políticos. La ofensiva en favor de la democracia ha excedido los límites de una noble misión de Occidente contra los males del mundo no democrático. Su verdadero objetivo no es librar una lucha abstracta por el bien de la humanidad, sino alterar el orden en los países antidemocráticos para incluirlos dentro de la esfera de influencia de Occidente, o someterlos a su dominio.

Con todo, no existe una democracia abstracta, sino diversas formas de democracia. La democracia de la antigua Grecia, por ejemplo, difiere de la democracia contemporánea. Esta última propugna la disponibilidad de ciertas libertades (libertad de expresión, de prensa, de reunión, de realizar manifestaciones públicas, de emigración, etc.), al igual que el parlamentarismo y el pluralismo político. Este tipo de democracia no se adecua a todas las épocas y países. Corresponde a cierto modo de organización social, principalmente al sistema social capitalista. No se puede imponerla a la fuerza en una nación durante un largo período mediante un decreto gubernamental, a menos que existan las condiciones necesarias.

No todas las sociedades son capaces de desarrollar independientemente un sistema democrático, o de aceptar su imposición desde el exterior. La propaganda en favor de la democracia no siempre es exitosa. Todo el mundo sabe que la URSS es un país no democrático; pero ¿cómo es posible que muchos millones de ciudadanos rusos hayan vivido durante varias generaciones sin democracia? ¿Acaso es el resultado de la violencia aplicada desde arriba? Si bien este tipo de violencia ciertamente es infligido en la URSS, ella no es una razón suficiente para explicar la falta de democracia. La violencia puede triunfar siempre que se funde en el modo de vida de millones de ciudadanos en la base de la sociedad, siempre que corresponda a la lucha de las masas por llevar ese modo de vida.

Consideremos como ejemplo la libertad de la personalidad (o inmunidad personal). La sociedad comunista es una nueva forma de servidumbre, pero sería un grave error pensar que esta servidumbre es sólo el resultado de la violencia. Es más bien la consecuencia de la libre voluntad de las masas que de la compulsión impuesta desde arriba. Un fenómeno como este no es una excepción en la historia humana. Por ejemplo, en la Rusia del siglo XVII se promulgó una ley que prohibía que los ciudadanos se transformaran en sirvientes voluntariamente. Quienes violaban la ley eran castigados con azotes y exiliados a Siberia. Aun cuando esta ley convertía uno de los más preciados derechos humanos en una penosa obligación, no influyó eficazmente en la futura evolución de Rusia, pues la servidumbre llegó a ser la base de la sociedad rusa por espacio de dos siglos.

El sistema social comunista ofrece una gran tentación para varios millones de ciudadanos ordinarios, pues los libera de muchas obligaciones del pasado. No trae consigo el bienestar material generalizado, ni elimina la desigualdad, la injusticia, la violencia y otros defectos de la vida social. Pero sí satisface hasta cierto punto la necesidad que tienen los ciudadanos comunes de luchar para vivir en una colectividad, sin trabajos penosos, sin riesgos ni responsabilidades personales, con la garantía de disfrutar siquiera de una

mínima parte de los agrados de la vida. Y lo anterior basta para que la gente acepte una nueva forma de servidumbre. Por ejemplo, es de conocimiento general que en la URSS la mano de obra es obligatoria. Ello significa que todo ciudadano físicamente apto debe estar afiliado a una colectividad laboral y debe cumplir en ella ciertas obligaciones. Aquellos que las evadan son considerados como delincuentes y sometidos a proceso. Sin embargo, esta no es la manifestación de un aspecto perverso del gobierno, sino un reflejo de que los ciudadanos tienen una sola forma de ganarse la vida; es decir, cumpliendo una determinada función en una colectividad laboral. Por ese motivo dependen de la colectividad en todos los aspectos más importantes de su vida. En suma, las limitaciones a la inmunidad personal son en este caso los efectos secundarios naturales de la aplicación del sistema social.

Debería hacerse una distinción entre democracia y política de democratización. Esta última es un fenómeno de cuasidemocracia. Corresponde a una medida política adoptada por el gobierno de un país no democrático como respuesta a una ofensiva en favor de la democracia emprendida por Occidente. Podemos apreciar un clásico ejemplo de este fenómeno en el caso de la URSS. El *show* montado con ocasión de las elecciones de delegados del Soviet Supremo entre varios candidatos, y del reemplazo de muchos funcionarios "conservadores" del partido por simpatizantes de Gorbachov, que tuvieron lugar recientemente en la URSS, es considerado en Occidente como una impresionante ilustración del proceso de democratización del sistema social soviético. Empero, quienes están familiarizados con la verdadera estructura social de la URSS y con su sistema de gobierno saben, sin duda, que es absolutamente imposible obligar a esta sociedad a aceptar la imposición de una democracia de corte occidental. La totalidad de los funcionarios estatales y del partido pueden ser reemplazados por adeptos a la *perestroika*, todos ellos pueden ser elegidos de entre decenas de candidatos a un cargo; se puede permitir la existencia de muchos partidos. No obstante, a pesar de esa "democratización", el sistema de poder y administración no cambiará radicalmente. El comportamiento de la gente dentro de este sistema depende sólo en un mínimo grado de sus cualidades e intenciones individuales. Está determinado más por las condiciones objetivas de la sociedad gobernada y por el propio sistema de gobierno.

Algunos expertos occidentales evalúan la situación contemporánea en el Bloque Oriental como un absoluto colapso del comunismo. Consideran que la época actual marca el comienzo de una era postcomunista. No es la primera vez en la historia que los "profetas" occidentales han vaticinado el colapso y la desintegración inminentes de la URSS por efecto de causas internas. Pese a todo, aún sobrevive. Ha emergido como una temible potencia mundial que representa una amenaza para la existencia de Occidente. La crisis de una sociedad no significa necesariamente un colapso; es un fenómeno natural dentro de la evolución de un organismo social. La sociedad feudal y la sociedad capitalista sufrieron crisis en numerosas ocasiones. La actual crisis del comunismo tiene que ver con el desarrollo y no entraña ni la desintegración, ni la destrucción. La impresión de que el comunismo se encamina hacia su muerte es la consecuencia de diversas interpretaciones erróneas, entre ellas la siguiente.

Las nociones occidentales sobre los países comunistas reflejan no tanto la realidad del comunismo como la mentalidad de Occidente. La imagen deseada es proyectada como una realidad. Los líderes de la URSS obtienen provecho de estas nociones que imperan en Occidente. Montan una serie de *shows* con el fin de manipular la opinión pública occidental. Exageran intencionalmente los problemas de la URSS para desorientar a los observadores de Occidente, para utilizarlos en el logro de sus propósitos, y para llevar a cabo la verdadera reconstrucción, la cual no tiene nada que ver con la imagen que Occidente se ha formado de la *perestroika*. El verdadero objetivo de ésta consiste en crear la maquinaria de una dictadura de tipo estalinista, en emplear esta dictadura para restablecer el orden dentro de la nación, en modernizar las fuerzas militares, para finalmente alcanzar el sitial de la superpotencia más poderosa del mundo. Todo lo demás sólo es un medio para lograr este objetivo, una serie de tácticas que enmascaran los verdaderos actos e intenciones. Con la *perestroika* la URSS está pregonando su pacifismo y extorsionando al mundo.

Dentro de cinco a diez años la crisis en la URSS habrá sido superada. El barniz de occidentalización será removido aceleradamente, el comunismo volverá a asomar sus garras y colmillos. Una vez más el mundo no asistirá al colapso del comunismo, sino que se enfrentará con un comunismo dispuesto a emprender un nuevo ataque contra el capitalismo. La así llamada era postcomunista es sólo un sueño de Occidente.